



su conducta, existiendo como existía entre ellos una cuestión de dominación. Por otra parte tenía que vengar sus injurias, y sería una vergüenza para la Persia dejarse insultar por estos pequeños pueblos, á quienes un esclavo del Irán, Pelops el Frigio, había sometido «de tal modo que el país y sus habitantes llevaban todavía su nombre como señal de su derrota (1).» Jerjes estaba constantemente rodeado de sus cortesanos, de los desterrados griegos de Mardonio, que tenían que reparar sus desgracias, de los Alcudes de Tesalia, los Pisistrátidas de Atenas y Demarato de Lacedemonia, todos los cuales querían volver á la Grecia con el auxilio de una invasión. El esfuerzo de la Persia fué inmenso; el Oriente se había conmovido hasta en sus fundamentos, preparando una lucha gigantesca.

En la primavera del año 480, Jerjes, colocado sobre su trono de plata, vió desaparecer de los mares todas sus naves partir. El ejército estaba dividido por naciones; fué necesario para su organización irlos reuniendo en divisiones de diez mil hombres. Tratábase de pasar el Helesponto. Roto por la tempestad el puente que ponía en comunicación á Sextos con Abydos, Jerjes hizo azotar el mar (2) y dar muerte á los obreros. Un nuevo puente se hizo construir; el ejército empleó en pasar siete días y siete noches, y los bagajes un mes completo. Llegados á la llanura de Dorisco, el schah quiso presenciar el desfile de toda aquella multitud.

Allí se veían, además de los persas, á los medos, á los asirios, á los armenios, sirios, frigios, caspios, egipcios, etiopes, árabes, indios y libios, todos los insulares, todos los pueblos del Asia Menor y de las costas, los esci-

(1) *Herodoto*, discurso de Jerjes, lib. VII.

(2) Esto, que parecería á primera vista un acto de locura, puede en realidad ser una ceremonia del culto, ó una manera de tomar posesión, ó también que la leyenda popular trasformase en «látigos» los lazos que más sólidamente atados habían de facilitar el paso asegurando el puente. En este caso, un verso de Esquiles, tomado á la letra, habría sido el origen de la leyenda (*los persas*, v. 37). Es la opinión de Phil Thirlwall-Connop, *Historia de la Grecia*. t. 1, p. 472.

tas y los tracios (1), y por último hasta indios de las montañas de Solima, dudosos aliados, temibles súbditos (2).

Habia en el ejército cinco millones más que en el de Sesostris y el de Semiramis. «¿Creeis que los griegos podrán resistirnos?» preguntaba el rey entusiasmado por su fuerza. Damarato respondió que los griegos se sacrificarían por vencer ó morir. Jerjes se echó á reír, burlándose de esta sentencia.

Todo se sometía á su presencia: su escuadra acababa de doblar el promontorio de Athos, que había sido abierto por millares de brazos para dar paso á las galeras; la Tracia reconocía á sus señores, aceptando su soberanía hasta el río de Estrimon, donde los magos sacrificaban caballos blancos al sol, y donde enterraban vivos diez jóvenes de ambos sexos. La Dóride y una parte de los tesalios, enviaban «la tierra y el agua;» los mismos tebanos solicitaban la amistad del gran rey. Era esta una marcha triunfal.

La Grecia esperaba con calma y valor; no se la ocultaba el peligro que corría. Los dos espartanos á quienes el rey había rehusado recibir como víctimas de expiación por el asesinato de sus embajadores, los tres espías atenienses que habían mandado por todo el campo y vuelto con honor, referían nuevas de inmensos preparativos por parte de Jerjes. Al mismo tiempo los argios declaraban no querer asociarse á la defensa común; los de Creta se separaban de la Grecia, la Macedonia estaba sumisa, Gelon rehusaba sus socorros porque no se le quería dar el mando de general; los corcireos guardaban neutralidad; los tesalios habían pedido de-

(1) Conviene leer en Herodoto la curiosa relación del ejército de Jerjes: todos los pueblos se presentaron con los propios trajes del país y con sus jefes. Los monumentos han hecho ver el carácter verídico de las relaciones del padre de la historia, y se han hallado en las inscripciones de los aquemenidas los nombres de los principales sátrapas de aquella inmensa multitud.

(2) La presencia de los indios en el ejército de Jerjes está probada por un pasaje del poeta Querilus, citado por Josefo (*contra Appion*, I, VIII). En la retaguardia iba un pueblo extraño; su lenguaje era fenicio y su patria las montañas de Solima, no lejos del gran lago Asfaltites.



fenderse, y diez mil hombres mandados por Eveneto y Temístocles habian tomado posicion en el valle de Tempe con la caballeria tesalia y fueron rechazados; los griegos se retiraron, y la Tesalia dobló su cerviz ante el gran rey. Los oráculos no daban sino respuestas muy oscuras ó terribles (1); el espanto y la consternacion se extendian por todas partes.

En el Istmo de Corinto se reunian los diputados de las ciudades que querian más la muerte que la esclavitud. Era un espectáculo grande y solemne esta reunion de pequeñas poblaciones desconocidas contra toda la fuerza del Oriente, el consejo del que Temístocles era el alma, y que se preparaba á la lucha con una confianza heróica.

«Se necesitaba la sangre de un rey heráclida para salvar á la Grecia,» habia dicho la Pitonisa. Leonidas marchó con trescientos espartanos, cuyo deber era el de defender el paso de las Termópilas, con la resolucion de perecer en aquel sitio. Doscientas ochenta naves de toda la nacion fueron con Euribiades y Temístocles bajo sus órdenes á cruzar cerca de Eubea el cabo de Artemisa.

El paso de las Termópilas, debe su nombre á las fuentes de agua caliente que le rodean lejos del mar y que corren por entre las rocas, sin dejar más camino que el que puede ocupar un carro. Este, cortado entre las rocas, fué el que ocupó Leonidas. Cerró el camino con una muralla y puso tropas de avanzada. Entonces se le fueron á unir más de siete mil

(1) Hé aquí la que recibieron los atenienses: «¡Oh desgraciados! Huid hasta los extremos de la tierra; abandonad las moradas y altas colinas de la ciudad, porque no os quedarán ni manos, ni cabeza, ni piés, ni nada de lo que hay dentro; la muerte se acerca. El fuego y el temible Marte montado sobre un carro sirio arruinará vuestras torres y muchas otras fortalezas, abrasará muchos santuarios de los inmortales. Los templos se tambalean; de sus muros caen gotas de sudor frío, de su cima cae una sangre negra. Salid de mi santuario. Y como resistian los enviados, la Pitonisa respondió: Palax se esfuerza en vano en hacer humillar al padre de los dioses. Sin embargo, Júpiter consiente que una muralla de madera os sirva de inexpugnable baluarte. Huid, volved la espalda á los innumerables caballeros. ¡Oh divina Salamina, tú has de ser funesta á los hijos de la mujer! —Duruy, *op. cit.*, p. 38.

hombres de los pueblos de la Grecia Central, que él fué ordenándolos en el llano de Anthela, cerca del templo donde se reunian los anfictiones; apostó á los focenses en la cima de la montaña sobre el único sendero accesible, y allí esperó á los persas.

Antes de salir de su patria Leonidas con sus trescientos valientes, habian celebrado sus propios funerales con juegos solemnes. Al despedirse Leonidas de su mujer, esta le dijo: «¿Qué encargo me dejas?» «Te dejo, respondió él, el de casarte con un valiente digno de mí, y que te haga madre de hijos dignos de entrambos.» Pronto los innumerables batallones de Jerjes se despliegan á lo largo del valle de Taquinias. Cuatro dias emplearon en hacer el campamento; al quinto, los centinelas anuncian á aquellos valientes la proximidad del enemigo, diciendo: «Ya tenemos encima los persas.» «Antes bien, repuso Leonidas, los tenemos debajo.» «Pero son tantos, replicó un enviado, que sus flechas oscurecerán el sol.» «Mejor, dijo Dionece, combatiremos á la sombra.»

El gran rey mandó á pedir las armas á Leonidas: «Ven á buscarlas, le contestó el espartano.» Los medos y siseos cayeron sobre sus escasas tropas, pero fueron rechazados. Hidarnes y sus diez mil inmortales en vano chocan contra aquellos valientes que presentan una obstinada resistencia. Más de una vez desde lo alto de su trono, donde contemplaba la accion, se lanzó Jerjes presintiendo una derrota vergonzosa. Lo propio sucede el dia siguiente. Maravillado Jerjes de la bravura de Leonidas, le escribió, diciendo: «Si quieres someterte, te daré el imperio de la Grecia.» «Quiero antes morir por mi patria que sumirla en la esclavitud,» respondió el generoso monarca. Un traidor, Eñaltes de Melos enseñó á los persas el sendero que conducia á la montaña. Hidarnes le sigue y encuentra á los focios que huyen despues de una vana demostracion de defensa; los griegos estaban perdidos. Entonces es cuando Leonidas consumó su sacrificio. Manda á los griegos que se retiren y no se queda más que con los tepios que no querian abandonarle, y los tebanos, cuya fidelidad era sospechosa. Él habia dicho: «Tenemos que marchar hasta la tienda

PASAJERO, VE Á DECIR Á LA CEGEMONIA QUE HECHO MUERTO POR OBEDECER SUS JUSTAS LEYES





de Jerjes, inmolarle ó perecer en su campamento.» En la oscuridad de la noche, comienzan á oirse horribles griterías; en el campamento de los persas no reinaba más que un espantoso desórden y los griegos hicieron en ellos una horrosa carnicería. Leonidas y sus trescientos valientes habian asesinado á multitud de persas; pero al día siguiente cayeron sobre ellos aquellas formidables masas que sin cesar se iban renovando. Gracias á la traicion de los tebanos, son víctimas de su heroismo. Habian cumplido su mision, y muy bien pudieron colocar sobre su tumba: «Pasajero, ve á decir á Esparta que aquí hemos muerto obedeciendo sus santas leyes.» Jerjes penetró en la Grecia por encima de estos cadáveres, pero la roca de las Termópilas le habia costado veinte mil soldados.

Leonidas habia muerto; la Grecia sabia ahora el secreto de su fuerza y le ensayó con buen éxito contra la escuadra persa.

En tres dias, ayudados por la tempestad, echaron á pique las galeras helénicas cerca del cabo Artemisio, cuatrocientas naves persas; mas luego que supieron los griegos que el paso de las Termópilas estaba reforzado, replegaron la escuadra hácia el istmo de Corinto, tomando posicion cerca de Salamina. Los persas fueron en su seguimiento. Temístocles quedaba en la Grecia; va á salvar su patria y Europa. Pero será necesario para ésto que obtenga de su pueblo la resolucion más heróica. Los persas estaban en Beocia; la Fócide, asolada y entregada á las llamas, enseñaba á la Grecia cómo se vengaba el rey del Irán. Solamente Delfos habia sido perdonada; era el templo del dios de la luz; Platea y Tespia habian sido arruinadas completamente. El ejército griego retrocedió hasta el itsmo; no podia hacer ya resistencia en el continente.

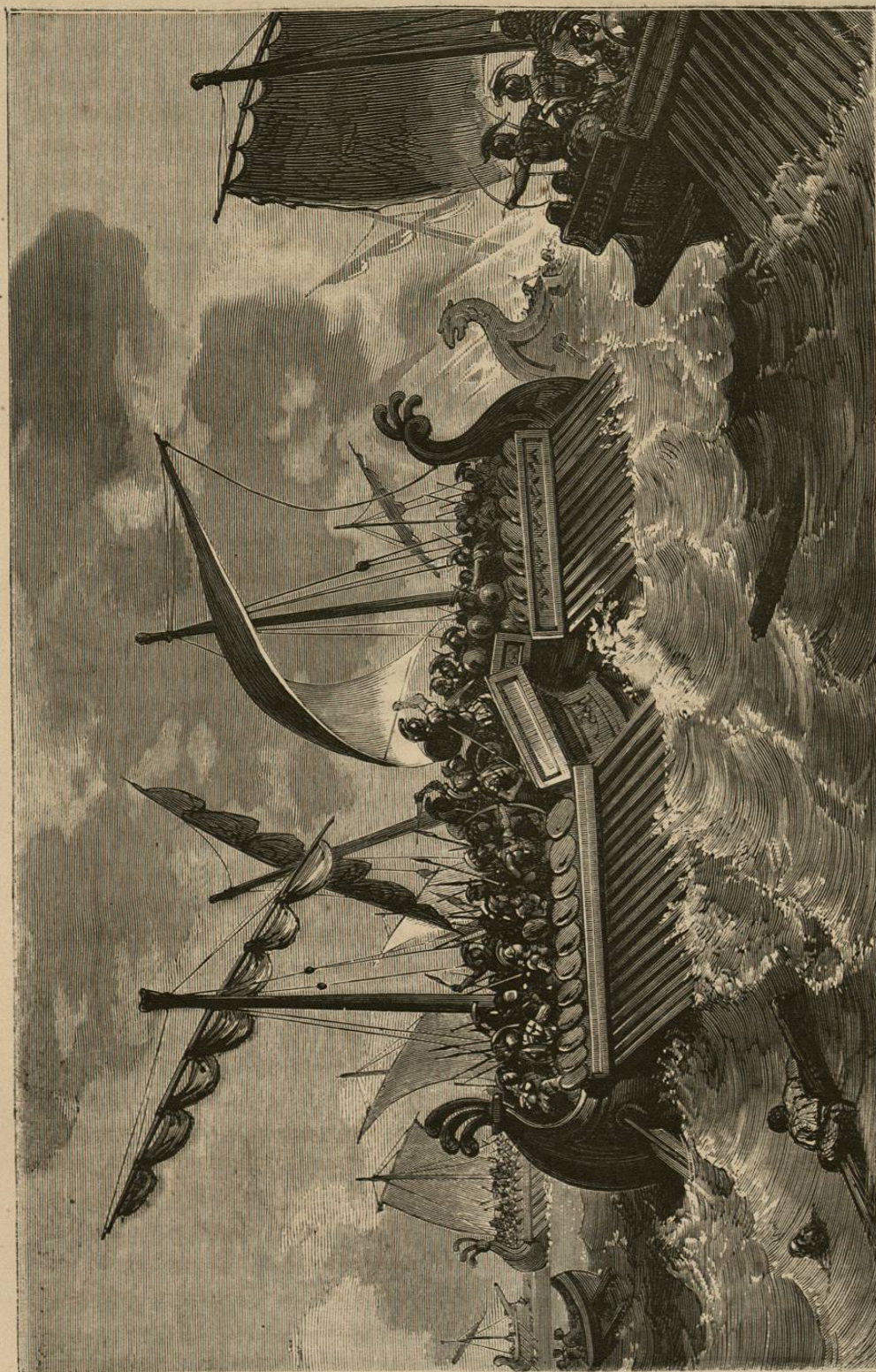
Entonces Temístocles despliega una increíble actividad; habla, ruega, amenaza, gana á los oradores y explica los oráculos. Las «murallas de madera» que habia anunciado la Pitia, son las naves. La serpiente sagrada de la diosa ha huido de su templo, y exclama: «Minerva ha abandonado esta morada, sigamos sus pasos.» Y se votó al punto un decreto por acla-

macion: «Todos los hombres en estado de tomar las armas, pasarán á la flota; cada cual procurará por la seguridad de su mujer, de sus hijos, de sus esclavos.» Fué una leva del entusiasmo; y Cirsilo, que habia hablado de rendirse á los persas, fué apedreado. Era un noble y tierno espectáculo el que ofrecia este pueblo que renunciaba á su patria y á sus hogares, que abandonaba todo, templos, casas, campos, hasta la tumba de sus padres por salvar la libertad. Los ancianos y los débiles fueron depositados en Egina, en Trezena ó en Salamina. Todos los demás fueron á buscar venganza á bordo de las galeras. Bien pronto pudieron ver su país asolado, sus habitaciones entregadas á las llamas, sus edificios sagrados destruidos y aniquilados. Toda el Atica no era más que un vasto incendio; eran estas las represalias de Sardes.

Los griegos temblaron. El jefe de la flota, el espartano Euribiades, que la envidia de los aliados habia preferido á Temístocles, dió órden de retirarse hácia el Peloponeso, y en cumplimiento de esta órden debíase levantar anclas al día siguiente. Durante la noche, Temístocles fué á avistarse con Euribiades, le insta, le suplica, obtiene un consejo, y entonces conjura á los jefes á no abandonar la causa de la patria y de la independecia. Ultrajes, amenazas, todo lo desprecia: «Hiere, dice á Euribiades, que levanta el baston sobre él, pero escucha.» Se hace al fin oír, recobra su ascendiente y su fortaleza: «Se quedarán en Salamina, pero será necesario pelear.» Un aviso secreto hizo que avanzasen los persas hasta el estrecho, y la flota griega, bloqueada en el istmo, se vió obligada á vencer.

Aristides, llamado por los fugitivos que se acordaban del genio en el momento del peligro, fué á ayudar poderosamente á Temístocles. La batalla se dió al día siguiente, el 2 de Octubre del año 480.

Al despuntar el día, los griegos emboscados en el paso del Este, fueron atacados por los fenicios. Las grandes naves de Tiro, que tenían los atenienses enfrente, se impelian y se repelian en el estrecho; la muerte del general persa Ariabiñes introdujo el desórden en su es-



BATALLA NAVAL DE SALAMINA